

III

GLORIAS DEL EJÉRCITO ESPAÑOL

PRIMERA PARTE

Glorias de la Infantería.

Historia del Regimiento Inmemorial del Rey, núm. I, por D. Antonio Gil Alvaro de Trasmiera, Teniente Coronel de Infantería (Cadete del 74).

No es el benemérito autor de este trabajo sujeto desconocido para la Academia: hace algunos años que lo presentaba en ella uno de sus individuos más ilustres, cuya memoria no se ha borrado ni se borrará jamás de la nuestra, el General Gómez de Arteche, con motivo del Informe sobre la obra *Glorias de la Caballería Española*, que está inserto en el número de nuestro BOLETIN correspondiente al mes de Abril de 1897. Ya entonces contribuía con todo el peso de su autoridad nuestro llorado compañero á celebrar la manera cómo el Sr. Gil Álvaro había cumplido su misión, en conformidad con el informe favorable de la Junta Consultiva de Guerra, á que agregaba el benévolo suyo, y el de la Academia por ende, el grande historiador de la Guerra de la Independencia.

Ahora toca el turno de presentar el breve resumen de los hechos más salientes que forman el caudal inagotable de las *Glorias de la Infantería Española*, dando el lugar primero, como por derecho le corresponde, al que lleva el núm. I entre todos sus Regimientos, y llamándose primero Coronelía Guarda del Rey, en el reinado de Felipe IV, vino á acabar por ser el Regimiento de Castilla, y al fin, como es ahora, el Inmemorial del Rey, siempre famoso, ya casi con tres siglos de vida.

Cuanto de ella puede más herir y cautivar las imaginaciones juveniles, está presentado por el autor con brevedad y tino; con método discreto y razonado desde su origen primitivo, recogiendo sus diversos nombres, sus banderas especiales, su blasón heráldico, con el recuerdo de su sobrenombre de *El freno*, de

su antiguo uniforme, de su primera Santa Patrona; y entrando luego en sus *Anales de Guerra*, describe sus hechos en las campañas contra Francia é Inglaterra, nuestras rivales de siempre, en las jornadas de Portugal, en las guerras constantes de Italia y África, en la de Sucesión, en la expedición de Argel del reinado de Carlos III, en las campañas de la Independencia contra las huestes de Napoleón, en la primera y segunda Guerra Civil, en la de África, en que formó parte del Cuerpo de Ejército que mandaba el General Echagüe, en las guerras de la rebelión de Cuba, y, por fin, en la del Rif de hace pocos años. Sigue la interesante lista de los jefes principales que han mandado el Cuerpo, cuyo primer nombre es el del Conde-Duque de Olivares, y entre los que aparecen otros tan célebres, ó tan ilustres como los de D. Luis Méndez de Haro, *el de la Paz*, el Duque de Veragua, D. Gonzalo Fernández de Córdoba, digno de llamarse, como su insigne abuelo *el Gran Capitán*, el Marqués de la Laguna (que era un Medinaceli), el Conde de Puñonrostro, un Díaz-Pimienta de la familia del célebre almirante, el Conde de Charney (que era un Bastardo de Orléans), D. Sebastián de Eslava, el primer Marqués de la Real Defensa, por la que hiciera brillantemente de Cartagena de Indias, de maravillosa calificada, el Conde de Aranda, más que como General, como hombre de Estado famoso; el de Fernán-Nuñez, Mendinueta, Hierro Oliver, Cos-Gayón, Ezpeleta, Magaz, y el que fué finalmente Capitán General del Ejército, D. Manuel Pavía y Rodríguez de Alburquerque, de grata memoria en momentos difíciles de nuestra historia contemporánea. Sigue el cuadro de honor, que él llama *Martirologio del Regimiento*, donde se registran los nombres de cuantos jefes, oficiales y soldados suyos murieron gloriosamente por la Patria sobre el campo mismo de batalla, ó de resultas de las heridas recibidas en él, de los que es el primero el propio Maestre de Campo Don Gonzalo Fernández de Córdoba, muerto en la batalla de Évora en 1662; y viene después la lista de los heridos en campaña, desde 1775, y de los hechos de armas en que lo fueron, con las fechas conmemorativas de todos ellos que se conocen; no siendo para olvidado que, como primer Teniente de la primera

Compañía del primer Batallón del Inmemorial del Rey, pasa revista *de presente*, en honor y recuerdo eterno de su heroica conducta en la defensa del Parque de Monteleón, el 2 de Mayo memorable, Don Jacinto Ruiz y Mendoza, digno compañero de Velarde y de Daoiz.

Todas estas cosas y otras no menos interesantes encierra este folleto, recordadas concisamente por el Sr. Gil Álvaro, quien lo ha dedicado á nuestro Rey, en frases respetuosas y expresivas, como á jefe supremo del Ejército español, «encarnación viviente de la Patria», representación de sus pasadas grandezas y símbolo de nuestras esperanzas de regeneración y de gloria, por que suspira constantemente la que fué raza fuerte, invencible y poderosa, en todas partes, *cuando Dios quería*, dominadora.

Lástima grande que en los nombres propios se hayan deslizado errores de imprenta que los défiguren torpemente, como Marqués del Escarpio por Marqués del Carpio, Duque de Almanzán por Duque de Almazán, Idiáquez por Idiáquez, Mindinueta por Mendinueta, Bulter por Butler, Medinella por Medinilla. Pero esto, de fácil enmienda en otra edición, no quita el mérito al excelente opúsculo del Teniente Coronel Sr. Gil Álvaro, y por eso yo, como hace tantos años el General Arceche, no vacilo «en recomendar un trabajo, digno, por otro lado, de todo apoyo por el entusiasmo militar que revela y el estímulo que merece para fomentar el estudio en todas nuestras clases sociales, preparándolas á llenar debidamente su misión cuando fueren llamadas á la defensa de la Patria», creyendo sinceramente que el autor ha formado en éste, como era su deseo, según sus propias frases, «un libro que sea como Catecismo, donde aprendan nuestros soldados á cuánto les obliga el glorioso pasado de su regimiento y el prestigio de su arma.»

El libro de este ilustrado jefe de nuestro Ejército es, además, oportunísimo. Cuando las voces huera de lo que se llama *pacifismo* enmudecen despavoridas ante el estruendo de los combates incesantes, que ahora mismo nos asombran con su espantosa trágica grandeza, pero amenazándonos aquéllas con sonar de nuevo así que pasen estos terribles momentos, el recuerdo de lo

que fuimos, y de lo que hicimos siempre en la escena del mundo, como los que evoca el Sr. Gil Álvaro, algo ha de poder, quizá mucho, sobre las nuevas generaciones, nacidas en medio de formidables desastres y á la sombra letal de la decadencia crecidas y formadas. Nuestro amor al Ejército, que es amor á la Patria, de la que es él columna tan poderosa y principal, aumenta y crece con la lectura fortificante de trabajos de esta índole, por cuya ejecución discreta y razonada, complemento de su fondo, propongo á la Academia, como en 1896 nuestro insigne General Arceche, el reconocimiento del mérito grande de este trabajo del Teniente Coronel de Infantería D. Antonio Gil Álvaro, si así lo juzgare la Corporación en su sabiduría y alta competencia, á la que, como siempre, someto muy gustoso mi personal modesto criterio. La aprobación de la Academia será el premio más grande á que puede aspirar la patriótica labor de este distinguido publicista y militar.

Madrid, 1.º de Noviembre de 1914.

F. FERNÁNDEZ DE BÉTHENCOURT.

IV

UNIVERSITY OF CALIFORNIA PUBLICATIONS IN MODERN PHILOLOGY

«OVID AND THE RENASCENCE IN SPAIN, BY RUDOLPH SCHEVILL, BERKELEY, 1913.»

(Un vol. de 268 págs. en 4.º)

Desde que Menéndez y Pelayo publicó su *Horacio en España* (1877), ningún libro ha salido á luz de tanto interés como *Ovid and the Renascence in Spain* acerca de la influencia de un clásico en nuestras letras.

Su autor, el Sr. Schevill, Profesor en la Universidad de California (Berkeley; U. S. A.), es bien conocido por sus excelentes trabajos hispánicos, que le han ganado justísimo renombre, y en-